

Diálogos

Diálogos - Revista do Departamento de
História e do Programa de Pós-Graduação em
História

ISSN: 1415-9945

rev-dialogos@uem.br

Universidade Estadual de Maringá
Brasil

Savarino, Franco

MASONERÍA Y FASCISMO EN ITALIA: UNA RELACIÓN AMBIGUA (1922-1943)

Diálogos - Revista do Departamento de História e do Programa de Pós-Graduação em História, vol.

13, núm. 1, 2009, pp. 167-184

Universidade Estadual de Maringá

Maringá, Brasil

Disponibile en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305526877009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

MASONERÍA Y FASCISMO EN ITALIA: UNA RELACIÓN AMBIGUA (1922-1943) *

Franco Savarino **

Resumen. La formación de un régimen autoritario en Italia en 1922 (desde 1925 dictadura totalitaria), causó un enfrentamiento con la masonería. Inicialmente varias logias apoyaron la llegada al poder de Mussolini, y entre los fascistas había muchos masones. Sin embargo, existía una fuerte corriente antimasonónica heredada del nacionalismo, que compartía personalmente el Jefe de los «camisas negras» y varios líderes importantes del nuevo régimen. La masonería fue primero prohibida en las filas del Partido y luego (1925) proscrita. Aquí me propongo indagar sobre los motivos que llevaron a este enfrentamiento y el significado de la oposición masonería-fascismo, frente al programa fascista de alianza con fuerzas liberales, acercamiento a la Iglesia católica y formación de una nueva «religión política» incompatible con la tradición masónica.

Palabras clave: Fascismo; Masonería; Italia.

FREEMASONRY AND FASCISM IN ITALY: AN AMBIGUOUS RELATIONSHIP (1922-1943)

Abstract. The creation in 1922 of an authoritarian regime in Italy (a totalitarian dictatorship starting in 1925) caused a confrontation with the Masonic order. Initially, several lodges supported Mussolini's rise to power, and there were many freemasons among fascist supporters. However, there was a strong anti-Masonic current inherited from nationalism, which was shared by the leader of the "blackshirts" and several important figures of the new regime. Freemasonry was first prohibited among the ranks of the Party and soon (1925) outlawed. Here I set to inquire about the motives that led to this confrontation and the meaning of the freemasonry-fascism conflict, compared to the fascist policy of alliance with liberal forces, association with the Catholic Church and the formation of a new "political religion" incompatible with the Masonic tradition.

Keywords: Fascism; Freemasonry; Italy.

* Artigo recebido em 7/2/2008 e aprovado em 11/3/2008.

** Doctor em História por La Universidad de Génova y por La Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor investigador en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (Ciudad de México).

MAÇONARIA E FASCISMO NA ITÁLIA: UMA RELAÇÃO AMBÍGUA (1922-1943)

Resumo. A formação de um regime autoritário na Itália em 1922 (sendo uma ditadura totalitária a partir de 1925) deu lugar ao enfrentamento com a maçonaria. No começo, várias associações maçônicas apoiaram a chegada de Mussolini ao poder e tinha muitos maçons entre os fascistas. Porém, paralelamente existia uma forte corrente anti-maçônica herdada do nacionalismo, compartilhada pelo próprio Chefe dos “camisas pretas” e por várias lideranças do novo regime. Inicialmente, a maçonaria foi proibida nas fileiras do Partido, para depois ser proscrita (1925). Minha proposta é indagar sobre os motivos que provocaram esse confronto e o significado da oposição maçonaria/fascismo, diante do programa fascista aliado às forças liberais, da proximidade com a Igreja católica e da formação de uma nova “religião política”, incompatível com a tradição maçônica.

Palabras-chave: Fascismo; Maçonaria; Itália

La masonería italiana fue uno de los principales blancos de hostilidad del movimiento y del régimen fascista de Benito Mussolini, al punto de que la proscripción de las sociedades secretas decretada el 19 de mayo de 1925 se puede considerar uno de los pasos decisivo en la formación del régimen totalitario. ¿Por cuáles razones el fascismo se enfrentó a la masonería? ¿Existía una incompatibilidad estructural o ideológica entre los dos? Entender los motivos de este conflicto, en muchos aspectos paradójico, nos puede llevar a entender mejor la experiencia histórica del fascismo italiano y, en lo específico, la relación ambigua del Estado con la Iglesia y la religión católica.

En efecto, es oportuno señalar de antemano que la relación masonería-fascismo no es, de hecho, un binomio, sino que es parte de un triángulo masonería-fascismo-Iglesia. Sólo introduciendo el factor eclesiástico y católico en general, es posible entender porqué la masonería italiana se convirtió en un blanco de ataque para el naciente Estado fascista, a pesar de la importante presencia masónica en las filas y en la jerarquía misma del Partido Fascista, y del apoyo que varias logias prestaron inicialmente a la escalada al poder del fascismo. En fin, es importante señalar algunas características de la propia masonería, que frecuentemente son soslayadas en los estudios que introducen, generalmente más como elemento lateral o complementario, esta

organización.¹ Una última consideración preliminar es sobre las fuentes para estudiar la masonería, que son limitadas, de difícil acceso o francamente sesgadas, pues existe una cantidad de publicaciones masónicas de carácter apologético, así como una cantidad de publicaciones fascistas antimasonicas. Existen además testimonios autobiográficos y memorias de los protagonistas y, en fin, los documentos oficiales, confidenciales o secretos.

La masonería italiana, reformada en los años ochenta del siglo XIX por el Gran Maestro Adriano Lemmi,² se dividió en 1908 en dos comunidades contrapuestas: el "Grande Oriente d'Italia" (G.O.I.) de Palazzo Giustiniani –regular y de larga tradición– y la "Serenissima Gran Loggia d'Italia" de Piazza del Gesù, de rito escocés, considerada irregular, o mejor ilegítima porque de acuerdo con Michele Moramarco la regularidad atañe al Rito y la legitimidad al criterio de la exclusividad territorial de la jurisdicción masónica (MORAMARCO, 1997, p.251).³ La "Gran Loggia" provenía, en efecto, de un cisma en Palazzo Giustiniani.⁴ Esta partición de fondo nos ayuda a comprender como, frente a un fenómeno político nuevo como lo será el fascismo, la masonería italiana se presentaba dividida en lugar de exhibir un frente compacto.

¿Quiénes eran los masones? A la masonería tradicionalmente se afiliaba gente de clases sociales medio-altas y de la aristocracia. Especialmente profesionistas, artistas, arquitectos, industriales,

¹ Giordano Gamberini (1974, p.326) – Gran Maestro del Gran Oriente de Italia de 1961 a 1970 - señala que "muchos historiadores profesionales han colocado la Masonería en la caja de herramienta en lugar de tomarla como objeto de posible exploración".

² Adriano Lemmi impuso un cambio drástico en la masonería italiana primero como Tesorero y desde 1885 como Gran Maestro. Expulsó de las logias a todos los elementos de la izquierda revolucionaria, niveló hacia arriba el límite de reclutamiento de nuevos adeptos y politizó la Orden no tanto "para la conquista del poder sino para el control sobre el poder" (MOLA, 1992, p.215). Lemmi "se dedicó a la tarea de restituir a la Masonería italiana unidad y vigor, para convertirla en una institución poderosa, compacta, guía y espinazo de la nación y del Estado [...]. La Masonería italiana, llamada a la prueba, reaccionó bajo el liderazgo de Lemmi acelerando el proceso de politización total y apuntando a la conquista directa del poder, ya no por interpuesta persona" (MOLA, 1992, p. 3).

³ En pocas palabras, no se admitía que se fundara otra Organización en una jurisdicción nacional ya ocupada.

⁴ En 1909 se forma incluso una tercera división, el Rito Filosófico Italiano, que confluirá en 1919 en la masonería de Piazza del Gesù. Otras masonerías irregulares o laterales fueron el "Diritto Umano" (Orden fundado en Francia por María Deraismes) y la Orden Martinista, presente en Italia ya en la última década del siglo XIX.

comerciantes, terratenientes y militares de alto rango, menos burócratas y altos funcionarios del Estado (MOLA, 1992; PADULO, 1986). La clase social más representada era entonces la media y alta burguesía, pero la masonería no era la única forma de expresión política de esta clase o sector social, sino una entre varias (PADULO, 1986).

En términos políticos la masonería, cuyos ideales coincidían generalmente y *latu sensu* con los del liberalismo (con raíces en la tradición ilustrada), era transversal a los partidos políticos existentes, es decir que había masones en toda agrupación política (CORDOVA, 1990). El rechazo explícito a la masonería –además de la tradicional hostilidad de la Iglesia y los ambientes católicos - (BRASCHI, 1984) vino del Partido Nacionalista (Associazione Nacionalista Italiana – ANI, fundada en 1910) y del Partido Socialista (Partito Socialista Italiano – PSI, fundado en 1892). Los nacionalistas encabezados por Enrico Corradini rechazaban la masonería en tanto organización inter-nacional y por lo tanto poco comprometida con la causa de la nación o aun dañina para esta.

En su primer congreso en 1911 los nacionalistas – sobre propuesta de Goffredo Bellonci - declaran la incompatibilidad entre afiliación masónica y pertenencia al partido. En 1913 el órgano nacionalista *L'Idea Nazionale* promueve una encuesta sobre la masonería, cuyos resultados aparecerán publicados integralmente sólo en 1925 en un volumen que incluía las dos relaciones a la Cámara y al Senado sobre el proyecto de ley para la abolición de las sociedades secretas. Allí Alfredo Rocco –uno de los intelectuales y políticos más importantes de la ANI y futuro Ministro de justicia del Régimen fascista- sintetiza la posición nacionalista sobre la masonería:

La Masonería penetró como un gusano destructor en la sociedad italiana e impide día tras día la constitución de una sociedad italiana solidamente agregada y la formación de una fuerte conciencia nacional. Ante todo, el anticlericalismo de la Masonería degeneró en una lucha antirreligiosa, o mejor anticatólica, en donde se hace instrumento de los odios religiosos de los numerosísimos afiliados, especialmente judíos, que constituyen el núcleo fundamental [de la secta]. (LIBERALISMO..., 1926, p.235).

Casi contemporáneamente, los socialistas italianos iniciaron las hostilidades contra la masonería al prevalecer en el partido las corrientes maximalistas, encabezadas por la estrella ascendente del socialismo

italiano, el joven Benito Mussolini. Los maximalistas reputaban que la masonería era contraria a los intereses del socialismo porque predicaba la concordia y no la lucha de clases, y porque era una expresión de la burguesía. En el Congreso del Partido Socialista en julio de 1912 fue presentada pero no aprobada una moción antimasonía de Nino Mazzoni. Dos años después en el Congreso socialista (abril de 1914) fue presentada y aprobada la nueva propuesta antimasonía de Giovanni Zibordi, con un complemento de Mussolini que invitaba todas las secciones del Partido a expulsar los masones conocidos. El futuro jefe del movimiento fascista fue consecuente en su lucha antimasonía desde los años en que era líder del ala revolucionaria del socialismo italiano.

Como veremos adelante, el motivo de su actitud era, además del repudio de una Organización "burguesa" contraria a los intereses del proletariado, el desencanto con la tradición ilustrada, humanista y pacifista que se expresaba en la masonería.⁵ Sin olvidar además que Mussolini, ateo declarado y enemigo acérrimo de toda creencia religiosa, desconfiaba del teísmo masónico tanto como del cristianismo.

La Primera Guerra Mundial –en la cual Italia entra en mayo de 1915- suspende las hostilidades antimasonías desde los partidos políticos, sin embargo la Iglesia expide en plena guerra el *Codex Juris Canonici* que incluye (canon 2335) la excomunión para los masones.⁶ En el mismo año el G.O.I. participa en el Congreso de las Masonerías de las Naciones Aliadas y Neutrales en París, donde se discute, entre otras cosas, de la cuestión de los territorios de Istria y Dalmacia pertenecientes a Austria y reivindicados por Italia. Las indiscreciones periodísticas hicieron eco en Italia, dando la impresión que los masones italianos estaban actuando en contra de los intereses nacionales, reforzando así la imagen de apátridas que ya tenían en los ambientes nacionalistas.

En consecuencia de estas polémicas el Gran Maestro Ferrari dimitió de su cargo, siendo sucedido primero (1917) por Ernesto Nathan y luego (1919) por Domizio Torrigiani. El diez de mayo 1920 el G.O.I. se dio unas nuevas Constituciones, cuyo artículo primero decía: «la

⁵ Su hermano Arnaldo –quien se encargará más tarde (1922) de dirigir el órgano fascista // *Popolo d'Italia*- fue también antimason, pero por razones diferentes. Era creyente y favorable a la Iglesia, y su antimasonismo era de carácter católico.

⁶ "Aquéllos que se inscriban a la secta masónica o a otras asociaciones de la misma especie que atentan contra la Iglesia o contra las legítimas autoridades civiles, reciben *ipso facto* la excomunión reservada *simpliciter* a la Sede Apostólica".

Comunión italiana [...] sostiene el principio democrático en el orden político y social» y que «el Gobierno de la Orden estudiará y aprobará un ritual único que tiene que ser observado por las Logias». Los cambios internos reflejaban el clima general de inestabilidad e incertidumbres que atravesaba la sociedad italiana en la posguerra. El viejo orden político liberal se tambaleaba bajo los golpes de la crisis económica, el desempleo, la agitación de los excombatientes, los conatos revolucionarios del proletariado socialista y las nuevas ambiciones de los católicos agrupados en el *Partito Popolare* (fundado en 1919).

Los masones veían con preocupación venirse abajo un sistema –el liberal- en donde habían tenido históricamente una gran influencia y observaban, en cambio, señales inquietantes en la movilización de los católicos –detrás de la cual se percibía la mano de la Iglesia- y el activismo radical socialista inspirado en la revolución rusa. Es por ello que la aparición de un nuevo movimiento político –el fascismo- que prometía acabar con los “bolcheviques” y someter a los clericales, fuera saludada por muchos masones como un factor positivo.

Masones fueron presentes en la primera reunión del movimiento fascista convocada por Benito Mussolini en Plaza San Sepolcro en Milán, el 23 de marzo 1919, aunque no se puede establecer con exactitud cuantos eran.⁷ Las logias dieron a los fascistas un respaldo no unánime pero importante, especialmente la Gran Logia de Piazza del Gesù encabezada por Raoul Palermi, quien declara públicamente su apoyo total al fascismo. Parece que Mussolini se encontró con Palermi en Roma regresando del Congreso fascista de Nápoles, donde se decidió la Marcha sobre la capital y habría garantizado a Mussolini el apoyo o la neutralidad de los altos oficiales del ejército de fe masónica (MOLA, 1992). Más tarde Palermi ofrece al Jefe del Fascismo el grado de Gran Maestre Adjunto de la masonería. Su estrategia apuntaba a utilizar el fascismo para asestar un golpe decisivo a la masonería rival de Palazzo Giustiniani

⁷ En la reunión fundadora del movimiento fascista se puede, sin embargo, detectar la presencia de varios masones conocidos. El abogado Eucardio Momigliano, Umberto Pasella, Mario Giampaoli, el general Decio Canzio Garibaldi, el periodista anticlerical Guido Podrecca, el doctor Ambrosio Binda, el jefe de los camisas negras de Verona Italo Bresciani, Giovanni Marinelli, Benedetto Fascicoli, el diputado Edoardo Torre, el marqués Dino Perrone Compagni, el jefe fascista de Florencia Tullio Tamburini, Olao Gaggioli, Amerigo Dumini, Piero Brandimarte, el sindicalista Edmundo Rossoni, el periodista Leandro Arpinati, el oficial Aurelio Padovani y otros más.

(TERZAGHI, 2000).⁸ Por su parte, el G.O.I. fue menos explícito y en general más cauteloso. En una balausta (discurso) del 19 de octubre de 1922 (una semana antes de la Marcha sobre Roma) el Gran Maestre Domizio Torigiani declaró:

la media burguesía idealista que inspira y predomina en los *Fasci* no puede buscar la fundación de oligarquías o menoscabar la libertad. Una cosa es la crítica contra la democracia parlamentaria y contra los partidos agotados, otra es la negación de la realidad, que hoy es claramente democrática en los movimientos de las masas. Nuestra democracia consiste en la fidelidad a nuestro trinomio. Si se aplastara la Libertad o se afectara a cada una de las libertades, todas ellas esenciales, o si se impusiera una dictadura, una oligarquía, todos los Libres Albañiles saben bien cual sería su deber: saben que estas son cosas sagradas por las cuales se puede vivir y se puede morir. Pero nosotros no creemos a estas amenazas. Una nueva fuerza entra a participar en la vida de la Nación. (DI LUCA, 2007).⁹

El caveat de Torigiani servía para frenar el entusiasmo pro-fascista de los hermanos masones y establecer claramente los límites de una adhesión a un fenómeno político aun poco definido, en proceso de elaboración ideológica y organizativa. Por otro lado los socialistas y los comunistas expresaban una antipatía para los masones que no hacía más que reforzar el repudio contrario de los libres albañiles hacia el "bolchevismo". En noviembre de 1922 el IV Congreso de la Internacional Comunista reunido en Moscú declaraba la incompatibilidad entre la militancia en los partidos comunistas y la pertenencia a la masonería.

El fascismo inicialmente no fue solo apoyado por la masonería sino que estuvo integrado por numerosos masones, atraídos por su carácter anticlerical y su radicalismo de clase media. Es significativa en este sentido la afiliación al fascismo del famoso periodista anticlerical Guido Podrecca, director de *L'Asino*. Masones reconocidos eran Giacomo Acerbo, Cesare Rossi (jefe de prensa del Partido Fascista), Italo Balbo (jefe fascista de Ferrara), Michele Bianchi, Cesare Maria de Vecchi,

⁸ Este autor, ya diputado fascista en 1921, fue expulsado más tarde del Partido y enviado al *confino*.

⁹ Más elementos para entender la posición del Gran Maestre se encuentran en Torigiani (1923).

Emilio De Bono, Dino Grandi (jefe fascista de Bologna), Nicola Sansanelli (jefe fascista de Nápoles), Aldo Finzi, Giuseppe Caradonna, Giuseppe Bottai, Ferruccio Lantini, Aldo Oviglio, Francesco Giunta, Achille Starace, Attilio Teruzzi, Massimo Rocca, Gino Calza Bini, Alessandro Chiavolini, Giuseppe Bastianini, Francesco Giunta y Roberto Farinacci (jefe fascista de Cremona). En pocas palabras, un gran número de dirigentes del Partido Fascista estaban afiliados a las logias menos algunos que, como Giovanni Giuriati y Alberto de Stefani, desconfiaban de la Masonería e incluso veían en ella un peligro para la revolución fascista (GIURIATI, 1981).

El gran ausente de las listas masónicas era Mussolini, quien recelaba personalmente de la Sociedad secreta. Siendo dirigente socialista, había logrado en 1914 que el Partido declarara la incompatibilidad entre la pertenencia a las logias y la militancia. Esta hostilidad personal e ideológica, que provenía de su formación marxista, soreliana y nietzscheana, perduró durante y después de la guerra, sin embargo las razones de la *realpolitik* se impusieron. La masonería era una fuerza que no se podía despreciar, máxime cuando demostraba su simpatía y abierta disponibilidad a favorecer el avance del movimiento fascista. Mussolini aceptó sin problemas el apoyo masónico y la filiación a las logias de muchos miembros prominentes del Partido. Por lo demás, la influencia masónica en este era evidente, aun en detalles como la disposición de los asientos en el Gran Consejo del Fascismo (el órgano más alto del Partido Fascista), con los jefes sentados alrededor de Mussolini como los hermanos y el Gran Maestro en una logia.

El 28 de septiembre de 1922 –un mes exacto antes de la Marcha sobre Roma– rechazó una iniciativa antimasonica (incompatibilidad entre afiliación al Partido y las logias) de Alberto De Stefani en la reunión de los Secretarios Federales fascistas del Norte de Italia y, por el momento, rehusó proceder contra la masonería, escribe Giuriati en sus memorias, “por razones de oportunidad” (GIURIATI, 1981, p.112). El cambio se produjo tras del éxito de la Marcha sobre Roma y la formación del primer gobierno fascista, entre finales de 1922 y comienzos de 1923. Ahora Mussolini tiene que elegir entre dos potenciales aliados incompatibles entre sí: la masonería y la Iglesia católica.

Su acercamiento a la Iglesia inicia en 1921, con un elocuente discurso en el parlamento el 21 de junio, donde exalta la “idea universal” que representa el Vaticano y le promete a éste apoyo y “ayudas materiales”. Durante el resto del año y en 1922 continúa con una línea

coherente de aproximación que termina por llamar la atención de la Iglesia y favorecer los primeros contactos concretos.¹⁰ Se realiza un encuentro secreto entre Mussolini y el Cardenal Gasparri, donde parece que éste le prometía al primero apoyo y disponibilidad a negociar, a cambio de la eliminación de la masonería y otros enemigos de la Iglesia (SAVARINO; MUTOLO, 2007).¹¹ También una parte del mundo católico veía con favor a los fascistas y desconfiaba, en cambio, del Partido Popular de Don Luigi Sturzo (fundado en 1919), un partido en teoría católico pero demasiado laico y tibio con los adversarios viejos y nuevos del catolicismo. La masonería, en suma, era una pieza de negociación en un juego político maquiavélico donde las fuerzas católicas tenían un peso objetivo preponderante.

Mussolini no descubre sus cartas hasta después de la toma del poder, es entonces cuando se revelan rápidamente los términos del acuerdo con la Iglesia, que llevan a un inesperado giro conservador y procatólico de un movimiento nacido socialista, laico y anticlerical. Otro elemento que influye en este giro es la confluencia de la ANI en el Partido Fascista en febrero de 1923, con la cual el fascismo recibe una importante infusión de cultura nacionalista y hombres prominentes como Luigi Federzoni, Alfredo Rocco y Emilio Borrero, todos procatólicos y antimasones. Federzoni escribe en sus memorias que la convergencia de la ANI con el Partido Fascista «no era ya posible sin la eliminación preventiva de la Masonería» y fueron los dirigentes nacionalistas que impusieron esta condición. Además había que abrir el camino al acuerdo con la Iglesia porque Mussolini se había «orientado a la defensa de la paz religiosa en Italia y al respeto al Papa» (FEDERZONI, 1967, p.124).¹²

El recién estrenado gobierno fascista inicia con una ráfaga de decretos e iniciativas proclericales, como la introducción de la enseñanza religiosa en las escuelas de Estado, la exposición del crucifijo en los edificios públicos, la reconstrucción de iglesias afectadas por la guerra y el salvamento del Banco de Roma, ligado al Vaticano. El 13 de febrero de 1923, en su 5ª Reunión, el Gran Consejo del Fascismo aprueba una orden del día que prohíbe a los fascistas la inscripción a las Logias masónicas.

¹⁰ Sobre la relación entre fascismo e Iglesia véase Savarino y Mutolo (2007), especialmente los capítulos 3 y 4.

¹¹ El encuentro es mencionado por Renzo De Felice con reservas, sin embargo los acontecimientos posteriores parecen corroborar los puntos principales de la supuesta negociación secreta entre Mussolini y Gasparri.

¹² Sobre el papel de la Iglesia véase también Vannoni (1980).

La discusión “intensísima y en ciertos momentos dramática” dura más de tres horas con numerosas intervenciones pro o en contra (GIURIATI, 1981, p.112).¹³ Al final, todos los miembros del Consejo votan a favor, menos los masones Balbo, Rossi, Acerbo y Dudan, por razones de conciencia y lealtad a las logias. El texto aprobado decía lo siguiente:

El Gran Consejo del Fascismo [...] considerando que los últimos acontecimientos políticos y ciertas actitudes y elecciones de la masonería dan buenos motivos de creer que la masonería persigue programas y adopta métodos que son en contraste con los que inspiran toda la actividad del fascismo, invita a los fascistas que son masones a escoger entre la pertenencia al Partido Nacional Fascista o a la masonería, pues no hay para los fascistas más que una disciplina: la disciplina del fascismo; una sola jerarquía: la jerarquía del fascismo; y una sola obediencia: la obediencia absoluta, devota y cotidiana al jefe y a los jefes del fascismo. (SUSMEL, 1956, p.139-140).

La resolución causa revuelo en las filas del Partido y en las logias, sin embargo prevalece entre los militantes la lealtad al fascismo. Giuriati expresa esta actitud general en sus memorias:

Muy pocos, que yo sepa, fueron los fascistas que renunciaron a la credencial [del Partido] para seguir fieles al juramento *prior in tempore* y [entre éstos] ninguno de los que Mussolini solía llamar los señores de las primeras filas de asientos. A decir la verdad esta casi unanimidad le pareció a muchos sospechosa [...] (GIURIATI, 1981, p.113).

Frente al decreto del Gran Consejo, Piazza del Gesù mantiene su línea profascista (en un primer momento se piensa que la resolución antimasónica era dirigida solamente contra el G.O.I.) y dos días después (15 de febrero) Palermi declara a la prensa que los masones de Piazza del Gesù “obedecen devotamente a la jerarquía fascista, superior a todas las contingencias, y por lo tanto pueden continuar a servir la Patria y la organización fascista, fieles y disciplinados al supremo duce Benito Mussolini y a su gobierno” (GIURIATI, 1981, p. 155). Además vuelve obligatoria para las logias una declaración de lealtad al fascismo. De Palazzo Giustiniani en cambio provienen señales negativas, que se

¹³ La lista de los participantes incluía Mussolini, De Stefani, Giuriati, Balbo, Bianchi, Finzi, Acerbo, Torre, Calza-Bini, Rocca, Giunta, Farinacci, Ricci, Starace y Sansanelli.

agudizan por los ataques llevados a cabo por los camisas negras contra algunas logias y contra algunos masones y, en general, por los problemas políticos que sufre el País. Los fascistas por su lado, temen las reacciones negativas de la masonería internacional y algunos más recelosos, como Giuriati, lanzan la alarma por las señales de una posible conspiración. En septiembre de 1923 el Congreso masónico en Ginebra simultáneo de la Asamblea general de la Sociedad de las Naciones, con la presencia allí de Domizio Torrigiani, suscita el temor de que la masonería italiana participe en un complot antifascista (GIURIATI, 1981, pp.116-117).¹⁴ Sin embargo estas supuestas amenazas al parecer no se concretan, a pesar de la grave crisis política que enfrenta el País a mediados de 1924. La derrota de la oposición a finales de este año consolida el gobierno de Mussolini y le permite al Primer Ministro y Jefe del fascismo radicalizar su programa.

El 3 de enero de 1925 se considera el punto de inflexión en la construcción del Estado totalitario. Hasta este momento, el Partido Fascista gobierna con el respaldo de una coalición de fuerzas liberales y católicas, y en el parlamento sigue representada la oposición. En el transcurso de este año sin embargo, se dan pasos decisivos que llevará a la abolición de todos los partidos (menos el Fascista) y al fin del sistema democrático liberal.

Un paso importante en este proceso es justamente el decreto de proscripción de la masonería. El 12 de enero Mussolini y el Ministro de justicia Alfredo Rocco presentan un proyecto de ley sobre la disciplina de las sociedades secretas, que apunta esencialmente a la eliminación de la masonería. El proyecto es discutido en el Parlamento entre el 16 y el 19 de mayo. En este último día es aprobado con voto secreto, con 289 votos a favor y sólo cuatro en contra. La importancia de este acto es señalada por las vivaces discusiones que se desatan en la Cámara. Después de la presentación por parte de Rocco, Mussolini interviene para defender la ley indicando la peligrosidad de la masonería, que él ya había detectado durante su militancia socialista:

Cuando yo [...] militaba en el Partido Socialista Italiano –hablo de hace quince años- tuve manera de hacer una experiencia política de primera, que me sirvió mucho posteriormente. En aquel tiempo tampoco creía en la democracia, en el liberalismo

¹⁴ Giuriati escribe aquí con indudable exageración que “la Asamblea [de la Sociedad de las Naciones] no era más que un escenario para marionetas movidas por un misterioso titiritero, el Gran Oriente”.

y en los inmortales principios. [Yo] patrocinaba netamente la necesidad de un choque insurreccional que le diera a las masas obreras el sentido de la tragedia. [...] Ya entonces me di cuenta que la masonería tenía cierta influencia en el socialismo italiano. Sucedió que ciertas actitudes del grupo parlamentario, de algunos periódicos y de algunas secciones eran el resultado de negociaciones que se realizaban en las logias. El fenómeno subterráneo tenía proporciones tan imponentes, que en el congreso de Ancona se decidió poner a la orden del día la cuestión de la masonería [...] y el Partido Socialista proclamó casi por unanimidad la incompatibilidad entre masonería y Partido. [...] Después de la guerra y durante estos meses de Gobierno hice otra experiencia y comprobé que la masonería tiene distribuidos sus hombres en los que llamo los centros nerviosos de la vida italiana. Es increíble que funcionarios de altísimo grado frecuenten las logias, informen las logias y reciban órdenes de las logias. No hay duda de que las instituciones más celosas del Estado, las que administran la justicia, las que educan las nuevas generaciones y las que representan las Fuerzas Armadas [...] han padecido y padecen, con vicisitudes alternas, la influencia de la masonería. Esto es inadmisiblemente, tiene que terminar (SUSMEL, 1956, p.309-311).

El discurso, interrumpido por aplausos y aclamaciones, concluye con un exhorto a promulgar la ley, sin tener en cuenta las posibles represalias de la masonería en Italia y en el mundo. Otros diputados hablaron a favor del proyecto de ley, destacando la intervención del católico Martire, quien señaló que la destrucción de la masonería representaba la realización de la unidad espiritual de la nación italiana.

Una de las pocas intervenciones críticas fue protagonizada por el diputado Antonio Gramsci, líder del Partido Comunista (aun legal y representado por algunos diputados). Este discurso, el único que logró pronunciar Gramsci antes de ser cesado de su curul, merece un análisis más detallado por los puntos de vista expresados y por el intenso debate que suscitó.¹⁵

Gramsci inicia señalando la importancia histórica del proyecto de ley contra las sociedades secretas: "es el primer acto real del fascismo para afirmar lo que el Partido Fascista llama su revolución". Pero ¿qué es la masonería contra la cual se está elaborando una ley? Gramsci explica que

¹⁵ El discurso fue publicado en *L'Unità*, 23 de mayo 1925.

La masonería [...] fue el único partido real y eficiente que por largo tiempo tuvo la clase burguesa. [...] Y puesto que representó la ideología y la organización de la clase burguesa capitalista, quien está contra la masonería va en contra del liberalismo, va en contra de la tradición política de la burguesía italiana. Las clases rurales que eran representadas en el pasado por el Vaticano, son representadas hoy principalmente por el fascismo (*L'Unità*, 23 de mayo 1925).

Por lo tanto, el fascismo sería el sucedáneo de la Iglesia en atacar a la clase burguesa, "que fue progresiva en el desarrollo de la civilización". En esta interpretación marxista *sui generis*, Gramsci no identifica al fascismo como una dictadura de la burguesía sino, por el contrario, como una dictadura conservadora tendencialmente feudalista contra la burguesía y contra el proletariado, completamente desprendida de sus raíces socialistas. El fascismo sería, en una palabra, una "turbia perversión reaccionaria de las enseñanzas marxistas". El discurso fue interrumpido varias veces por Mussolini, Farinacci, Rossoni y otros diputados. Gramsci, sin embargo, prosigue con su tesis y afirma que con la ley antimasonica "el fascismo lucha contra la única fuerza organizada eficientemente que la burguesía tenía en Italia, para suplantarla en la ocupación de los puestos que el Estado le otorga a sus funcionarios. La revolución fascista [entonces] es solamente la sustitución de un personal administrativo por otro".

Aquí se genera un debate entre Mussolini y Gramsci. El Primer Ministro señala que la revolución fascista sí es una revolución de clase "como ha pasado en Rusia, como sucede normalmente en todas las revoluciones, como nosotros haremos metódicamente".¹⁶ Gramsci replica que "es revolución sólo la que se basa en una nueva clase. El fascismo no se basa en ninguna clase que no estuviera ya en el poder". Mussolini contesta que la mayoría de los capitalistas es hostil al fascismo y cita los grandes bancos e importantes familias de la alta burguesía empresarial. Gramsci llega entonces al punto central de su tesis, que la ley es parte de un ataque general contra los partidos burgueses: "La realidad es que la ley contra la masonería no es principalmente contra la masonería, [...] responde] a la misma táctica que se aplicó a todos los partidos

¹⁶ La formación socialista de Mussolini se refleja en estas palabras que, sin embargo, no se refieren ya a la clase proletaria sino a la *clase media*, base social de la revolución fascista. En este sentido, la afirmación de Mussolini de que una nueva clase había tomado el poder, era correcta.

burgueses no fascistas”, es decir infiltrarlos primero y agotarlos después para establecer una hegemonía política absoluta. “El fascismo” -continúa Gramsci- “no ha logrado absorber completamente todos los partidos en su organización. Con la masonería utilizó la táctica de la infiltración, luego el sistema terrorista del incendio de las logias y en fin la acción legislativa de hoy” que servirá para ejercer el control sobre los altos funcionarios de la banca y de la burocracia. Por ende, la ley servirá para golpear a las “organizaciones obreras” y al Partido Comunista. Mussolini contesta sarcásticamente: “nosotros hacemos lo que ustedes hacen en Rusia” y le recuerda a Gramsci que los comunistas no pueden dar lecciones de pacifismo, pues exaltan y practican la violencia. Gramsci rebate que “la violencia proletaria es progresiva” porque los comunistas representan “la mayoría de la población”, la violencia fascista, al contrario, es arbitraria porque es la violencia de una minoría. Concluye con una advertencia, de que la ley no logrará ahogar “las manifestaciones organizativas de la vida de clase” de los obreros y campesinos.

La intervención de Gramsci señala algunos puntos importantes, en especial el significado propedéutico a la construcción del Estado totalitario de la ley contra las asociaciones secretas. Más importante aun es el reconocimiento de que la ley antimasonica servirá para establecer una hegemonía sobre algunos sectores clave de la clase dirigente, al dejar una espada de Damocles sobre la cabeza de la alta burocracia del Estado y una parte de la élite económica afiliada a las logias.

En los meses que siguieron la promulgación de esta ley, en efecto, se concretaron las medidas que llevarían a la formación del Régimen totalitario. Fue restringida la actividad de la oposición, cerrada la prensa independiente, establecido un código penal más restrictivo y, finalmente, abolidos los partidos y asociaciones políticas (en octubre de 1926). Gramsci es arrestado el 8 de noviembre 1926 junto con los demás diputados comunistas y, después de un año de *confino* (residencia vigilada), es enviado a la cárcel.

El pretexto para completar el giro autoritario que lleva a la dictadura es el atentado (descubierto antes de que se llevara a cabo) contra Mussolini organizado por el diputado socialista Tito Zaniboni, el 31 de octubre 1925. El proceso que sigue involucra directamente la masonería, incluyendo el Gran Maestre Domizio Torrigiani (recién reelecto el 6 de septiembre) y el general Luigi Capello, miembro prominente del G.O.I. en las Fuerzas Armadas. La prensa fascista desencadena una feroz campaña antimasonica y los camisas negras atacan

e incendian las sedes masónicas que quedaban abiertas.¹⁷ Acto seguido, todas las logias del G.O.I. son cerradas y las de Piazza del Gesù puestas bajo "custodia". El 22 de noviembre Torrigiani expide un decreto de disolución de todas las logias del G.O.I. El día siguiente Giovanni Maria Metelli, Gran Maestro Adjunto de la Gran Logia de Piazza del Gesù hace lo mismo, por instrucciones de Raoul Palermi, quien en ese momento se encontraba en New York en una misión por encargo de Mussolini. Palermi se vale de su contacto con éste para intentar salvar la Gran Logia de Piazza del Gesù, convirtiéndola (el 12 de diciembre) en un "Ordine Nazionle di Cultura e beneficenza San Giovanni di Scozia", sin embargo éste tiene una vida breve y es disuelto en octubre de 1926. Mussolini justifica la liquidación de la masonería en una entrevista al periodista norteamericano Karl H. Von Wiegand, donde explica que "La ley es dirigida no sólo contra los Masones, sino contra todas las sociedades secretas que constituyen un peligro para la paz y la tranquilidad del estado". Los masones italianos no son como las fraternidades filantrópicas apolíticas de Inglaterra, Alemania y América, pues "forman una organización política secreta [...que] depende enteramente del Gran Oriente de París" (FREEMASONERY..., 2007).

Los dirigentes de la masonería tuvieron suertes alternas. Palermi se quedó cerca del Régimen, aceptando la desaparición *de facto* de la Gran Logia. Torrigiani, absuelto el 22 de abril 1927 en el proceso Zaniboni por insuficiencia de pruebas, fue arrestado y enviado al *confino* por cinco años. El Gran Maestro Adjunto del G.O.I. también fue arrestado y enviado al *confino* en 1929. Desde 1925 las dos ramas de la masonería italiana se encuentran "en sueño", proscritas por ley e imposibilitadas a sobrevivir públicamente. Persisten algunas actividades en la clandestinidad y en el exilio, especialmente en Francia. La gran mayoría de los masones suspende de hecho toda actividad, ya sea por razones de fuerza mayor o por convicción, por no contrariar al Régimen y de acuerdo con la atmósfera antimasonónica que se respira en los ambientes oficiales.

¹⁷ En realidad los ataques comenzaron antes del atentado, el 25 de septiembre, cuando los fascistas de Florencia desencadenan una oleada de incendios y agresiones (cuatro masones resultan muertos) que perdura hasta el 4 de octubre. Los ataques fueron acompañados y estimulados por la prensa. El periódico nacionalista *L'Idée Nazionale* publicó el día 25 un artículo que denunciaba las actividades opositoras de la Francmasonería, reproduciendo una circular en donde los masones italianos invocaban una intervención internacional para derrotar al fascismo y provocar la depreciación de la lira.

La Iglesia y las fuerzas católicas antimasónicas podían darse por satisfechas. Un viejo enemigo había sido eliminado e Italia, en palabras del padre jesuita Enrico Rosa, “se había vuelto más cristiana y libre del yugo masónico”. Las negociaciones entre el Vaticano y el Régimen fascista se aceleran entre 1926 y 1929 en paralelo con la campaña antimasónica, que tiene como corolario un fuerte ataque de la prensa en contra del régimen revolucionario mexicano durante la *Cristiada*, con la acusación al presidente Plutarco Elías Calles de ser un títere de la masonería internacional (SAVARINO, 2002). El acercamiento al Vaticano culmina el 11 de febrero de 1929 en los Pactos Lateranenses, que ponen fin a la cuestión romana y reconcilian el Estado italiano con la Iglesia y el mundo católico. El mes siguiente (el 24 de marzo) se celebran las elecciones nacionales en forma de “plebiscito”, que arrojan 98% de votos a favor del régimen fascista.¹⁸

El sacrificio de la masonería, junto con el del Partido Popular de Don Sturzo, había sido el precio a pagar para conseguir este resultado. El costo político para el Régimen fue relativamente limitado. La Iglesia buscó preservar un espacio exclusivo, defendió a la Acción Católica, solicitó medidas para tutelar la moral pública y, en ocasión de las elecciones de 1929 recomendó incluso que se borrarán de la lista de candidatos oficiales a los elementos anticlericales, masones y a otras “malas” personas.¹⁹ Por su lado, los fascistas afiliados a la masonería, después de un efímero arrebato anticlerical en 1931, se sometieron a la disciplina del Partido. Los demás hermanos no representaron nunca un factor problemático durante los diecisiete años siguientes, hasta el derrumbe del Estado fascista el 25 de julio de 1943.

Entre los motivos de la drástica decisión de eliminar la masonería en 1925 hay que señalar, en fin, además del fructífero pacto con la Iglesia y con el mundo católico, otros dos elementos importantes. El primero fue señalado acertadamente por Gramsci en su discurso en la Cámara, es decir la presión sobre la clase dirigente, los altos mandos del ejército y la alta burguesía que habían apoyado o flanqueado el ascenso al poder del fascismo. Se buscaba así eliminar un espacio de organización autónomo de estos sectores y fijar, en cambio, un factor de coacción mediante el manejo de información compromisorio sobre la filiación masónica de

¹⁸ 8.517.838 votos (98,33%) para el SI (aprobación al Régimen) contra 135.773 (1,56%) para el NO (rechazo). La afluencia se calcula en 8.661.820 personas (91.5% del padrón).

¹⁹ Fue una recomendación del Padre Tacchi-Venturi a Mussolini, a nombre del Papa (TANNENBAUM, 1975).

personajes importantes. Mussolini expresó francamente esta exigencia de establecer un control político en su discurso en defensa de la ley contra las sociedades secretas, con la denuncia del escándalo de los altos funcionarios del Estado recibiendo órdenes de las logias. La eliminación de la masonería representó en general un paso importante en la liquidación de la vieja clase dirigente liberal y su sustitución por una nueva surgida de los sectores medios y bajos de la población.

El segundo elemento fue político-ideológico. La índole esencialmente nacionalista del fascismo encajaba mal con el espíritu universalista de la masonería, con esos "inmortales principios" que rechazaban Mussolini y la jerarquía del Partido. La revolución fascista apuntaba a la construcción de un "hombre nuevo", fuerte, viril y marcial, libre de las enfermedades del viejo liberalismo cosmopolita, materialista, pacifista y humanitario: un ideal distante del que buscaba la masonería. Ésta, en fin, representaba una amenaza estructural para la construcción del Estado totalitario, por su naturaleza de sociedad secreta virtualmente incontrolable con potencial para ejercer influencias políticas considerables.²⁰ Este peculiar carácter de organización oculta y esotérica exponía el mundo de las logias a las acusaciones de actividad clandestina, conspiraciones y complots, llevando al fortalecimiento de una imagen ya presente en la cultura popular, que podía ser fácilmente explotada por la propaganda.²¹ La masonería, en suma, era finalmente incompatible con las metas del Estado totalitario y tenía que ser eliminada para dar lugar a la nueva era del renacimiento y la gloria nacional.

REFERENCIAS

BRASCHI, Leone. *La Massoneria e la Chiesa Cattolica: un terribile scontro, un possibile incontro*. Firenze: Nardini, 1984.

CORDOVA, Ferdinando. *Agli ordini del Serpente Verde: la Massoneria nella crisi del sistema giolittiano*. Roma: Bulzoni, 1990.

DI LUCA, Natale M. *La prima guerra mondiale e l'avvento del fascismo*. Disponible en: <<http://www.grandeoriente.it>>. Acceso en: 20 ago. 2007.

²⁰ Por una motivación análoga (eliminar una organización influyente, peligrosa e incontrolable) el Régimen fascista atacó y casi logró destruir la Mafia siciliana en 1928.

²¹ Una expresión recurrente en los años treinta fue la del "*complotto pluto-giudaico-massonico*" (complot capitalista, judío y masónico).

- FEDERZONI, Luigi. *Italia di ieri per la storia di domani*. Milano: Mondadori, 1967.
- FREEMASONRY and Fascism in Italy. *The Builder Magazine*, v. 13, n. 9, 1927. Disponible en: http://www.phoenixmasonry.org/the_builder_1927_september.htm. Acceso en: 20 ago. 2007.
- GIURIATI, Giovanni. *La parabola di Mussolini nei ricordi di un gerarca*. Roma-Bari: Laterza, 1981.
- INCHIESTA sulla Massoneria. Milano: Mondadori, 1925.
- GAMBERINI, Giordano. Storiografia masónica. *Rivista Massonica*, Roma, n. 6, p. 325-331, 1974.
- LIBERALISMO e massoneria nell'inchiesta dell' Idea Nazionale. *Civiltà Cattolica*, Roma, v. 1, anno 77, p. 233-241, 1926.
- MOLA, Aldo Alessandro. *Storia della Massoneria italiana: dalle origini ai nostri giorni*. Milano: Bompiani, 1992.
- MORAMARCO, Michele (Ed.). *Nuova enciclopedia mMassonica*. Foggia: Bastogi, 1997.
- PADULO, Gerardo. Contributo alla storia della Massoneria da Giolitti a Mussolini. *Annali dell'Istituto Italiano per gli Studi Storici*. Bologna, p. 219-347, 1986.
- SAVARINO, Franco. Italia y el conflicto religioso en México (1926-1929). *Historia y Grafía*, Mexico, n. 18, p. 123-147, 2002.
- SAVARINO, Franco; MUTOLO, Andrea. *Los orígenes de la Ciudad del Vaticano 1913-1943*. México: IMDOSOC-ICTE, 2007.
- SUSMEL, Edoardo; SUSMEL, Duilio (Comp.). *Opera Omnia di Benito Mussolini*. Firenze: La Fenice, 1956. v. 19 y 21.
- TANNENBAUM, Edward R. *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1942-1945)*. Madrid: Alianza, 1975.
- TERZAGHI, Michele. *Massoneria e fascismo*. Carmagnola: Arktos, 2000.
- TORRIGIANI, Domizio. *Massoneria e Fascismo*. Roma: La Poligrafica Nazionale, 1923.
- L'UNITA, Milan, 23 de mayo 1925.
- VANNONI, Gianni. *Massoneria, Fascismo e Chiesa Cattolica*. Bari: Laterza, 1980.